

ÁNGELA MARGARITA SUÁREZ ORELLANO

CARLO ALFONSO SILVA TRIANA

## Transformar desde la imaginación: los milagros de Matilda

Si aceptamos la expresión *clásico contemporáneo* en la literatura infantil hay un nombre ineludible. Roald Dahl (1916 – 1990) fue un escritor inglés de origen noruego muy popular en la segunda mitad del siglo pasado que cuenta entre sus obras algunas que no necesitan presentación como *James y el melocotón gigante* (1961), *Charlie y la fábrica de chocolates* (1964), *El Superzorro* (1970), *Las brujas* (1983) y, el que vamos a discutir en estas páginas, *Matilda* (1988). Aunque también publicó libros para adultos, aquellos que le han conseguido un lugar predilecto en la literatura son, sin duda, sus historias para niños, que no son un género menor como nos recuerda Pedro Cerrillo, director del Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil – CEPLI, en su libro *El lector literario*:

Escribir para niños y jóvenes es tan serio como escribir para adultos, porque – que no se olvide– la LIJ<sup>1</sup> es, por encima de cualquier otra cosa, literatura, una literatura con mayoría de edad [...], cuya aportación a la infancia y la adolescencia es esencial, no sólo porque es el primer contacto de la persona con la creación literaria escrita y culta, sino también porque es un buen recurso para **un más amplio conocimiento del mundo, así como para el desarrollo de la personalidad, la creatividad y el juicio artístico...** (Cerrillo, 2016, el énfasis es nuestro).

Es probable que la gran acogida de los libros de Roald Dahl entre los niños y jóvenes se deba a que es un autor que no los *infantiliza*, con lo cual nos referimos a que se dirige a ellos sin menospreciar sus capacidades para comprender –no sólo desde la razón– la literatura. Esta misma idea ya estaba presente en Lewis y Tolkien, cuya influencia es palpable en la obra de Dahl. En este libro incluso se les menciona de manera explícita. Como ellos, Dahl establece un diálogo con sus lectores en un tono de confianza, como si la historia que fuese a contar se tratara de un secreto del que solo se puede participar si se acepta entrar en la lógica de la fantasía<sup>2</sup>, con la cual los niños no suelen tener problemas.

Esta forma de leer e interpretar, no solo la literatura, sino también la vida misma, es precisamente la propuesta de intelectuales como Jaime Nubiola, Julio Diéguez o Benedicto XVI para

---

Copyright © 2020, INALDE Business School, Universidad de La Sabana.

Nota técnica-Guía para papás del fragmento de “*Matilda*” de “Roald Dahl” escogido como material de apoyo para la sesión “*Matilda*” por PhD. Carlo Alfonso Silva Triana y Ángela Margarita Suárez Orellano.

Prohibida la reproducción, total o parcial en cualquier medio, sin autorización escrita del INALDE.

<sup>1</sup> Abreviatura que se usa para “Literatura infantil y juvenil”.

<sup>2</sup> Vale la pena recordar que ya hemos abordado el concepto de “literatura fantástica” como aquel género literario que consigue sumar nuevas experiencias a sus lectores en la Nota Técnica *La magia más profunda y el amor de misericordia* TDN-I-037.

contrarrestar los efectos de la posmodernidad en la cultura<sup>3</sup>. Para ellos, antes que volver a un pre-racionalismo, que no tendría mucho sentido histórico por demás, debemos promover la inclusión de la belleza, la moral, los sentimientos y el corazón como fuentes para conocer la verdad (Nubiola, 2017). Con ello no se pretende desaparecer la razón, sino dar a entender que hay realidades que la razón por sí sola no es capaz de aprehender:

**La imaginación es el corazón de nuestra razón.** La imaginación es el motor de nuestra actividad cognoscitiva: toda la tradición filosófica ha sostenido que no podemos pensar sin imágenes, pues son las imágenes las que establecen el puente entre los datos de nuestra experiencia y la espontaneidad de la razón. (Nubiola, 2017, el énfasis es nuestro).

En consonancia con Nubiola, Julio Diéguez, profesor de Teología y escritor, sostiene que la formación verdadera no puede desconocer ninguna de las facultades humanas –razón, voluntad y afectividad–. Sino más bien, conseguir que exista una cooperación entre las tres que apunte a la realización plena –felicidad– de la persona. Así se lograría identificar aquello que es placentero<sup>4</sup> con lo que es bueno<sup>5</sup> para que el sujeto camine voluntariamente hacia su consecución. Su plan queda expresado de manera sintética así:

... la virtud no consiste en esa capacidad de oponerse a la inclinación, sino más bien en la formación de la inclinación. El objetivo no es, pues, ser capaces de dejar habitualmente a un lado la afectividad para poder guiarse por una regla externa, sino más bien formar la afectividad de modo que seamos capaces de gozar en el bien que realizamos. La virtud consiste precisamente en ese gozo en el bien, en la formación – digámoslo así – **del buen gusto** (Diéguez, 2018, el énfasis es nuestro).

Considerando que la afectividad ofrece el juicio más inmediato sobre un comportamiento, que la razón, Diéguez propone que las emociones sean un primer filtro para la toma de decisiones éticas. Esta formación en articulación, aunque puede tomar más tiempo, es de mayor provecho puesto que evita construir un *disfraz de bueno*, que podría usar quien emprende acciones exteriormente virtuosas, pero no se siente alegre al acometerlas. En cambio, la propuesta va al centro de la persona buscando una verdadera *connaturalidad* con el bien<sup>6</sup>. Es decir, intenta que la naturaleza de la persona, su esencia, consista en *ser bueno*. Así, a la persona virtuosa el bien le

---

<sup>3</sup> Aunque pueden abordarse muchos aspectos de esta corriente cultural y de pensamiento, creemos que aquellos que más preocupan a los autores mencionados, y a nosotros mismos, son los referidos al relativismo moral y las consecuencias que de esto se desprenden en los campos de la cultura, la política, la economía y en la vida de cada individuo.

<sup>4</sup> Se percibe con la afectividad.

<sup>5</sup> Se juzga con la razón.

<sup>6</sup> En este contexto se puede mencionar que existe un conocimiento teológico al que se accede mediante un proceso discursivo de la razón, pero hay otro que se hace posible por la *connaturalidad* que crea el amor de Dios. “La razón es, según las palabras de san Josemaría, que “la caridad, infundida por Dios en el alma, transforma desde dentro la inteligencia y la voluntad”. La caridad, efectivamente, implicando una comunión afectiva con Dios, abre el alma a un conocimiento más profundo de Él: abre a la contemplación, a aquel *simplex intuitus veritatis ex caritate procedens*. “La comprensión de la fe –leemos en la encíclica *Lumen fidei*, publicada por el Papa Francisco– es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad”. Y añade: “se trata de un modo relacional de ver el mundo, que se convierte en conocimiento compartido, visión en la visión de otro o visión común de todas las cosas”. (Fernando Ocáziz. Romana, julio-diciembre 2013)

resultará también placentero, y el mal desagradable. Este proceso supone un crecimiento en libertad interior que logra que cada vez sea más fácil y rápido identificar los actos buenos / placenteros.

Lo virtuoso, suele representarse en la cultura actual como aquello que es engorroso, soso o aburrido. Mientras que lo malo se muestra atractivo, emocionante, con la promesa del placer efímero, que termina dejándonos insatisfechos y vacíos. De esta manera, se trastocan los elementos que nos permiten juzgar la realidad, dado que bien y placer no apuntan en la misma dirección. Para enmendar esta distorsión Nubiola y Diéguez plantean caminos convergentes e igualmente necesarios. Diéguez, como dijimos, tiene claro que la formación integral es imprescindible. Por su parte, Nubiola, profesor de Filosofía, bloggero<sup>7</sup> y escritor, apunta la importancia de la creación de contenidos que se desmarquen de esta forma de representar el mundo que, a su juicio, no tiene asidero con la realidad:

Nuestro tiempo necesita de esos genios —sin duda hay ya algunos— capaces de expresar con **nuevas palabras, con nuevas imágenes, con nuevas metáforas, con nuevas ficciones**, las verdades más profundas que experimentamos en la realidad de nuestras vidas. Genios que expresen esas verdades más hondas en forma de atractivas historias que cautiven nuestra imaginación y que sean capaces de llenar de emoción y de sentido las vidas de nuestros contemporáneos, tantas veces monótonas. (Nubiola, 2017, el énfasis es nuestro).

¿Pero sería taquillero un arte así? Si nos acogemos a la propuesta de Diéguez que hemos descrito anteriormente es fácil suponer que sí, especialmente, entre aquellos que cultiven su interioridad exponiéndose asiduamente a fuentes de belleza. De hecho, para Diéguez las personas así casi que solo se sentirían atraídas por libros, películas, series, etcétera que representen imágenes de la bondad:

...se tiene una interioridad rica, lo que hace daño no solo se evita de hecho, sino que no presenta mayor peligro, porque repugna: no se percibe solo como malo, sino también — y antes — como feo, desagradable, desentonado, descolocado... Por supuesto que puede atraer de algún modo, pero es fácil rechazar esa atracción, porque rompe la armonía y la belleza del clima interior. (Diéguez, 2018).

Lo anterior lo podemos apreciar en el caso cuando Matilda siente *disgusto* por la forma ilegítima de enriquecimiento de su padre. Es notorio que los calificativos que usa para referirse a las acciones del padre tienen una connotación tanto sensorial como moral: repugnante, sucio. Matilda es un buen ejemplo de cómo la formación de la afectividad lleva también a un rápido reconocimiento del bien que no pasa — en su caso — por una comprensión racional profunda de la situación. Como vemos en este ejemplo la niña se siente *inclinada* hacia lo que es correcto, la honradez, sin pasar por proceso de discernimiento sesudo y dilatado:

—Pero eso no es honrado, papá —dijo Matilda—. Eso es un engaño.  
—Nadie se hace rico siendo honrado —dijo el padre—. Los clientes están para que los engañen. (...)

---

<sup>7</sup> Su blog *Filosofía para el siglo XXI* contiene reflexiones certeras y actuales que recomendamos consultar. Está disponible en: <https://filosofiaparaelsigloxxi.wordpress.com/author/jnubiola/page/2/>.

—Todo coche que pasa por mis manos recibe el tratamiento —dijo el padre—. Antes de ofrecerlos a la venta, todos ven reducido su kilometraje por debajo de diez mil. ¡Y pensar que lo he inventado yo...! —añadió orgullosamente—. Me ha hecho ganar una fortuna.

Matilda, que había escuchado atentamente, dijo:

—Pero papá, eso es aún peor que lo del serrín. Es repugnante. Estás engañando a gente que confía en ti.

—Si no te gusta, no comas entonces la comida de esta casa —dijo el padre—. Se compra con las ganancias.

—Es dinero sucio —dijo Matilda—. Lo odio. (Dahl, 2015, el énfasis es nuestro).

Dahl nos presenta a Matilda como *la lectora de libros*, y al otorgarle esta identidad nos da una clave imprescindible para comprender la propuesta del caso. ¿Qué distingue a Matilda de casi todos los demás personajes de la historia? Las horas de intenso *placer* que ha gastado en la lectura de literatura clásica. Una primera conclusión que se puede desprender de ahí es que el contacto directo – y temprano, preferiblemente – con el arte es una puerta que conduce al camino de formación que Diéguez nos ha planteado porque les permite experimentar y madurar en el gusto por lo que es, a la vez, bello y bueno. Este tipo de obras son también las que Nubiola recomienda contemplar, apuntando en esta misma dirección. Pero ¿es Matilda una caricatura de un lector o realmente podemos aspirar a tener niños que devoren libros con esa avidez? ¿Qué es lo que hace atractivos los libros para Matilda? Para responder a esta pregunta nos remitimos al mismo Dahl nuevamente:

Los libros la transportaban a nuevos mundos y **le mostraban personajes extraordinarios que vivían unas vidas excitantes**. Navegó en tiempos pasados con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés. (Dahl, 2015, el énfasis es nuestro).

Hoy en día los libros clásicos no gozan de buena fama, porque su lectura supone un esfuerzo adicional que muchos lectores no consideran que merezca la pena. No obstante, el hecho de que una historia haya conseguido sobrevivir a generaciones de hombres nos debe llevar a replantear esta postura, entendiendo que la lectura de literatura no es sólo un placer banal, sino uno de tipo eminentemente intelectual, que no se debería ensombrecer por los retos que este nos suscite. Si una historia se ha erigido como clásica es porque tiene calidad ética y estética; por lo tanto, su lectura contribuye en doble vía a nuestra formación humana:

la literatura que, desde sus orígenes, ha hablado a personas haciendo posible que lectores de una época pudieran ver con ojos diferentes cómo eran otras sociedades, otras personas, otros escenarios, es la razón fundamental por la que determinadas obras literarias se han convertido en *clásicos* que [...] deben ser leídos en cuanto puedan leerse, porque son **no sólo modelos de literatura, sino también ejemplos de conductas, acciones o transformaciones** que se han desarrollado en sociedades diferentes a la nuestra, que han contribuido a la formación de un imaginario cultural que no puede ser ocultado, porque -entre otras cosas- ha facilitado diferentes lecturas del mundo. (Cerrillo, 2016, el énfasis es nuestro).

Tras haber dicho lo anterior, queremos, en todo caso, aclarar que consideramos que hay que leer los clásicos cuando se pueda, pero sin forzar a los lectores a que *gusten* una lectura solo porque otros la han elevado a la categoría de *clásico*. En el proceso de formación de un lector las interpretaciones personales merecen ser respetadas –de hecho animadas– y también hay que considerar introducir gradualmente las lecturas *difíciles* para no sofocar, ni generar desdén. Lo importante es poder disfrutar de una historia para permitirle *habitar en nosotros* y de esa manera dejar que alimente nuestra imaginación: «Leer obliga a imaginar, es decir a crear tus propias imágenes sobre un suceso, un paisaje, un episodio o un personaje que hemos leído.» (Cerrillo, 2016). Esta característica de la literatura es precisamente una sobre la que merece la pena ahondar en la reflexión. La imaginación que lleva a Matilda a decir:

La forma como cuenta las cosas hace que me sienta como si estuviera observando todo lo que pasa.

—Un buen escritor siempre te hace sentir de esa forma —dijo la señora Phelps—. Y no te preocupes por las cosas que no entiendas. Deja que te envuelvan las palabras, como la música. (Dahl, 2015, el énfasis es nuestro).

Cuando se intenta comprender un concepto es útil ir a la raíz etimológica del término. Imaginación viene de imagen, claro. Imaginar es la acción ver *imágenes*, pero no con los ojos, sino interiormente. Es un término que suele asociarse a la *creatividad*, porque, de alguna manera, cuando se concibe una imagen mental se está creando una forma nueva que permanecerá inaccesible a los demás hasta que la plasmemos en algún lenguaje (verbal, musical, pictórico, etcétera).

La imaginación es la facultad que cada persona tiene para concebir un espacio que le es propio y en el cual es capaz de crear ideas, sueños, *imágenes* nuevas que constituyen su radical unicidad y contribución al mundo. Por lo cual, la imaginación es una cualidad intransferible de la persona. Pero la imaginación no *produce* imágenes de la nada, muy por el contrario, se alimenta de lo que conoce. Cobra entonces mayor realce la invitación del profesor Nubiola de consumir la cultura que nos permita darle la *forma* que deseamos a nuestra vida interior.

Aunque la imaginación es una condición interior del ser humano, es también la que nos permite relacionarnos con otros porque, al ser imposible vivir la experiencia de alguien más, ella deja «que nos pongamos en el lugar de los otros y [...] hace posible que nuestros corazones latan al unísono.» (Nubiola, 2017). Es decir, imaginar es una condición de posibilidad para la empatía y, en últimas, para el amor. Ya hemos dicho en otra parte que el amor es creativo<sup>8</sup>, puesto que da lugar a una nueva realidad: la relación de donación entre dos personas; y a partir de ahí, transforma la vida y entornos de ambos.

De alguna manera, podríamos pensar que la imaginación es como el campo fértil en donde se siembra y cosecha la semilla del amor, puesto que es gracias a la posibilidad de *ver imágenes interiores* que vamos formando nuestra interioridad en la cual tienen cabida sentimientos, recuerdos, ideas y amores. Por esto, se considera que es un instrumento importantísimo para conocer el mundo.

---

<sup>8</sup> Para ahondar en esta idea ver *Volví a dibujar ... y a ver lo esencial* TDN-I-039.

La imaginación está en la base de toda interpretación, juega un enorme papel en la formación de nuevos hábitos y es esencial para comprender la experiencia: «en ausencia de imaginación los fenómenos no pueden conectarse de manera racional» (Peirce citado por Nubiola, 2017).

Aún así, hay quienes pueden entender la imaginación como aquello que se opone a lo verdadero. Se mueven en la línea que hemos mencionado anteriormente del puro racionalismo y de la cual estamos procurando desmarcarnos. En cambio, nuestra propuesta, que hace eco de los profesores Nubiola y Diéguez, y de otros tantos en su línea, es la de considerar a la imaginación, en tanto capacidad de ver imágenes interiores, como un terreno para comprender de modo más claro – gráfico si se quiere – lo que susurra el corazón, que es la dimensión más interior de la persona. Este tipo de conocimiento es el que se suele llamar *intuición*. Para entender el alcance de la intuición vale la pena exponer su etimología:

La palabra intuición designa **una comprensión global de las cosas sin necesidad de razonamiento**, como si uno las estuviera **contemplando**. Viene del latín tardío *intuitio*, *intuitionis*, generada a partir del verbo latino *intueri* (**tener la vista fija sobre algo, fijarse en, contemplar y ver con absoluta claridad**), verbo compuesto de *in-* (dirección hacia el interior, intensificación) y el verbo *tueri* (contemplar, observar, mirar, también mirar por algo, protegerlo). (Etimologías.dechile.net, s.a., el énfasis es nuestro).

Como se aprecia, la idea de conocer algo por intuición está estrechamente ligada a la *visión*, por ello se emplea también aquí la palabra *contemplación* que alude al ver e interiorizar lo que se aprecia. Se contempla una obra de arte, pero también se puede contemplar la vida. Ambos términos, intuir y contemplar, a su vez se pueden relacionar con *inteligencia*, una palabra que significa *intus-legere* «“leer dentro”, penetrar, comprender a fondo», entender. En definitiva, todos los términos apuntan hacia una visión que conoce desde lo profundo y que llega hasta la esencia de lo que es conocido. O de quién es conocido. Esta comprensión de la contemplación como intuición sencilla de la verdad tiene un origen filosófico que se puede rastrear hasta los clásicos grecolatinos; sin embargo, dentro de la tradición de pensamiento cristiano se le ha dado un desarrollo propio al considerar que es una vía, en efecto sencilla, de conocer la verdad que *proviene del amor* y en la cual se descubre la belleza misma, que es el amor de Dios. (Burkhart y López, 2010).

¿Y qué tiene esto que ver con el caso? Matilda es, a diferencia de otras historias fantásticas que hemos leído, una narración de estilo realista. El único elemento que rompe con lo cotidiano son los *milagros* que descolocan tanto al lector como a los personajes. Matilda es una niña excepcional, no solo porque desafía las leyes físicas, sino especialmente por la bondad que la inunda y que se desborda en su trato con los demás. Es lógico pensar que, aunque los libros le han dado alguna forma de compañía, hasta su inserción escolar ella se encontraba muy sola y sin amigos. Por eso es tan importante la relación con su maestra y con sus compañeros, si bien esta última no se desarrolla tanto en los fragmentos escogidos. La señorita Honey le muestra a Matilda la importancia de saberse amada; podríamos decir, que ella, la maestra, está dispuesta a *ver* a Matilda desde su interioridad. Y, poniéndose en sus zapatos, como decía Nubiola, consiguen establecer una relación de amistad en la que se cuidan mutuamente. Respecto de la particular sensibilidad de las madres para conocer desde el corazón nos dice Álvarez:

Dicen que las mujeres se caracterizan por la intuición, esa extraña forma de conocimiento, a veces tan inexplicable. **La intuición comprende de inmediato las cosas como son, donde otros necesitan invertir tiempo y esfuerzo en razonamientos.** La intuición es el corazón, ese núcleo interior de la persona, que capta lo que a veces no alcanza a ver la frialdad del razonamiento. Todas las mujeres tienen algo más desarrollada la intuición, y sobre todo, las madres. **El amor les guía** y les hace ver más allá de lo objetivo: relacionan las cosas y ven más allá de rostros, gestos y razonamientos, **siempre con entrañas de misericordia para quienes más quieren.** Por eso son las mejores consejeras” (Álvarez, 2018, el énfasis es nuestro).

Otra manera de entender lo anteriormente expuesto de cara al caso de Matilda es interpretar sus *milagros* como una metáfora del poder de *ver*. Es decir que sea en sus ojos donde se produzca el milagro que consigue mover el recipiente en la distancia. Los ojos, órgano de la visión sensorial, se convierten en la historia en cauce para que intervenga la interioridad de Matilda en la realidad, quizás por un rebosar de la actividad *imaginativa* que la pequeña tendría. Es importante considerar que los poderes de Matilda le vienen en un momento de impotencia y con ellos, Matilda consigue ayudar a otros niños y a su maestra que se encuentran en situación de desventaja frente a la cruel Trunchbull, símbolo de la rigurosidad mezquina, de lo zafio, del *mal gusto* y de la crueldad:

Matilda comenzó a sentir que la invadía una sensación de lo más extraordinaria y peculiar. **Sentía especialmente esa sensación en los ojos.** Parecía concentrarse en ellos una especie de fluido eléctrico. En lo más profundo de ellos se estaba creando una **sensación de poder**, una sensación de gran fuerza. (Dahl, 2015, el énfasis es nuestro).

Matilda se “transfigura” cuando hace milagros. Es decir que adquiere una *imagen, figura*, distinta. Con esta forma sobrenatural propuesta por el autor, queremos entender que es probable que Matilda participa, sin abandonar su condición de niña, de una dimensión que está más allá de lo material. Otra forma de interpretar la intervención de Matilda sobre la realidad sensible es pensar que quizás por la intuición le fuese susurrada directamente a su alma la verdad interior de las personas que la rodeaban y dio con la respuesta a sus necesidades por una vía que – por ser literatura – está permitida en su mundo: la magia. Revelación que se hacía posible gracias a su particular sensibilidad a la belleza y el bien:

Tenía el rostro transfigurado, los ojos desencajados y brillantes y seguía sentada sin hablar, hermosa en medio de aquel silencio.

...

—Parecías completamente ausente —dijo la señorita Honey en voz baja, atemorizada.

—Lo estaba. Volaba junto a las estrellas con alas de plata —dijo Matilda—. Ha sido maravilloso.

La señorita Honey seguía mirando a la niña con total admiración, como si fuese La Creación, El Principio del Mundo, La Primera Mañana. (Dahl, 2015, el énfasis es nuestro).

¿Qué ha aprendido Matilda que sus compañeros todavía no saben? El valor de la Belleza, porque ha estado en contacto con ella de manera prolongada a través de los libros que ha leído con avidez. Quizás por ello el autor le confiere dotes especiales para *transfigurar* el mundo y hacer de él un lugar no solo más hermoso, sino más bueno. En últimas, Matilda consigue dar espacio al amor en el mundo y por eso lo hace mejor:

Cuando intentamos hacer cosas bellas estamos cambiando el mundo, ensanchando los corazones y la imaginación de las personas. Por esto, la respuesta más sencilla es quizá que buscamos la belleza porque nos hace mejores, porque nos cura. (Nubiola, 2017).

De ¿qué nos cura la Belleza? De los Trunchbull de la vida, lo feo y lo malo. Por eso la mejor cura es el Amor – amar y ser amado – porque es lo más bello. Y entre todos, el Amor de Dios no tiene comparación.



## Bibliografía

- Álvarez, Elena. *Las mujeres del Evangelio*. Ed. Rialp, 2018.
- Burkhart Ernst y Javier López. *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*. Vol. 1. Ed. Rialp, 2010.
- Cerrillo, Pedro. *El lector literario*. Ed. Fondo de cultura económica, 2016.
- Dahl, Roald. *Matilda*. Traducción de Ramón Buckley. Ed. Loqueleo, 2015.
- Diéguez, Julio. "Formación integral y afectividad" en *Para mí vivir es Cristo: Coordenadas para una vida centrada en Jesucristo*. Rodolfo Valdés (ed.). Oficina de información del Opus Dei, 2018.
- Etimologías de Chile. Web. Disponible en: [etimologias.dechile.net](http://etimologias.dechile.net). Consultado el 4 de septiembre de 2020.
- Nubiola, Jaime. *Vivir, pensar, soñar*. Ed. Rialp, 2017.